

meante. Todos los autores han hecho remontar las civilizaciones al descubrimiento del fuego, y en ello han tenido razón. La humanidad, además de la bestia, nació sobre la piedra del hogar. El fuego irradió la luz y el calor, doble manifestación de un mismo principio del movimiento. Sin reflexionar lo suficiente, se ha dado á la acción calórica un predominio que pertenece más bien á la acción de la luz. Así, al menos, lo vemos en el ejemplo de esos hiperbóreos, que, se diría, tienen más que nadie necesidad de recurrir á la producción del fuego artificial, lo cual no hacen ó hacen muy poco. Pero en cambio, no saben vivir sin luz; y si se pasaran sin ella no se podrían establecer sensibles diferencias con sus rivales los osos, ni con las focas, que constituyen su alimentación. Nosotros atribuimos á la lámpara, más bien que al hogar, menos al calor que á la luz, la transformación en hombres, de los antropoideos más ó menos velludos.

La enorme alimentación desarrolla un calor interior que da por resultado inesperado una sorprendente precocidad á los esquimales. En esas comarcas árticas, se llega á la pubertad casi con la misma rapidez que en los países tropicales, y no es raro ver á las muchachas, hasta de diez y doce años, casarse con niños apenas de mayor edad. Los efebos de ambos sexos viven separados todo lo más posible, menos para los juegos; se les somete á la más estricta reserva.

La familia toda, no gusta de renunciar al servicio

de sus jóvenes mujeres. Numerosos cuentos populares nos las presentan imposibilitadas por sus hermanos de casarse con su enamorado (1). No es el dote lo que las detiene: ellos llevan por todo ajuar un cuchillo, un cortante y un rascador, y en fin, si sus medios lo permiten, una lámpara; en cambio, ellas recibirán un vestido completo; en cuanto lo aceptan, el negocio está terminado. Casi siempre el joven enamorado simula el rapto, la violencia; hasta cierto punto se ve siempre forzado á entregarse á vías de hecho sobre la persona de su preferida. Inmediatamente después de la boda, la pareja no se priva de sus satisfacciones, pareciendo extraños á todo sentimiento de pudor, y los misioneros se indignan reprochándoles su indecencia y su excesiva despreocupación (2). Esos hijos de la naturaleza no han salido del período de la animalidad, han de aprender todavía que las necesidades físicas no deben ser satisfechas en público. Ellos se excusan señalando el exíguo espacio en que viven encerrados durante los largos meses de invierno: un agujero bajo la nieve, en donde, siempre acurrucados, no pueden ni siquiera estirarse para dormir.

La promiscuidad en que viven excita, tal vez con derecho, nuestro disgusto. Pero debemos procurar no atribuirnos un mérito por ello, ni vanagloriarnos de una moralidad debida á mayor *confort*.

(1) Rink, *Esquimo Tales*.

(2) Grundemann, *Kleine Missions Bibli-thek*.



Todos los viajeros consignan el hecho de que el número de mujeres es muy superior al de hombres, anomalía de que no se tarda en descubrir la causa. En sus expediciones tan peligrosas, muchos pescadores se ahogan á pesar de su destreza para conducir sus barcas en medio de las mayores tormentas. Sucede con el kayak como con el cántaro, que tanto va á la fuente... La consecuencia de esta mortalidad masculina produce la poligamia. Los vecinos hacen cuestión de honor subvenir á las necesidades de la familia que ha perdido su jefe. Cualquiera se siente abnegado; se casa con la viuda y adopta á los pequeños. Los itayanos, desprovistos de barcas y disponiendo de menores recursos alimenticios, están, en cambio, menos expuestos á los peligros del mar. El resultado es que la población masculina equivale en número á la femenina. Cada uno tiene su cada una y nada más. Pero esta monogamia no es más que aparente. En este punto, todas han sido hechas para todos, según la ley formulada en la *Novela de la Rosa*. La castidad no es una virtud esquimal. Cuando sopla cierto viento del Sur, algunas hembras van á correr sus aventuras en cualquier choza, en la que ella sabe que el compadre está en casa y la comadre anda de pecoreo. Así empieza la institución matrimonial en el punto en que empieza la especie humana. No obstante, existe una condición, y es la de que la esposa se haya entregado á otro esposo, al que se le hubiera prestado voluntaria por poco que lo hubiese pretendido. Entre los miembros de la asociación marital existe cuenta corriente y créditos abiertos con largueza. Entre los esquimales, como entre

los caribes del Orinoco (Gumille), siempre que la partida se juegue entre compañeros, lo que se pierde se recupera. Pero la cosa tomaría otro cariz si la infiel se entregase á un célibe, al cual la ley del talión no pudiera aplicarse.

¡Curioso resto moral de una época primitiva, esta comunidad de esposos, que se apropia la comunidad de las mujeres y de los niños! La tribu viene á ser una gran hermandad. Pasan por hermanas todas las esposas y por hermanos todos los esposos; sos hermanos todos los primos y hermanas todas las primas: una generación de hermanos sucede á otra también de hermanos.

En nuestras sociedades civilizadas, todo niño que nace tiene asegurada la existencia, al menos si está bien constituido; los padres que matan á un hijo, son castigados por la legislación actual con igual severidad que otro crimen cualquiera, y la opinión les condena al oprobio. Pero sería un craso error si se creyera que siempre ha sido así, que siempre se ha tenido en tan alta estima la vida de un pequeñín, personificación de la debilidad, que no es más que una promesa lejana. Ningún hecho mide tal vez mejor los progresos realizados por nuestra especie después de la época glacial; los progresos morales, de lentitud desesperante, no se hacen sensibles sino en vastos períodos. Nuestros antepasados no podían comprender que el recién nacido tuviese derecho á la existencia. La madre le había dejado rodar por tierra; así debía



continuar hasta que el jefe de la familia, el padre, íbamos á decir, se dignara recogerlo y consintiera que fuese recogido. Antes que él hubiese hecho la señal, el objeto no valía mucho más que un terrón de tierra, no era sino un poco de barro organizado. De aquí esas innumerables leyendas de niños llevados al desierto ó al bosque, expuestos en una encrucijada, puestos sobre un encañizado de huesos y abandonados á la corriente del agua. ¡Por unos cuantos que fueron recogidos, según los cuentos, ó amamantados por ciervas, lobas ú osos, cuántos no habrán sido devorados, picoteados por los cuervos, como en Madagascar! De ahí también los días nefastos en que los niños no nacían sino para ser condenados á muerte; de ahí esos horóscopos funestos; las leyes crueles que diezmaban á los niños y mataban el tercio de las niñas; de ahí esas prácticas odiosas para decidir sobre la legitimidad ó ilegitimidad de los nacimientos;... puros alegatos, miserables pretextos. La pureza de la raza, el juicio de las Parcas, no eran tomadas en serio más que por los necios. ¡Cuánto más sencilla la realidad! No se podía alimentar más que un pequeño número de hijos; había, pues, que desembarazarse de los demás. De todos los pretextos, el más obscuro parecía el menos doloroso. A medida que la piedad hablaba más alto, se las arreglaban de manera que la responsabilidad recayese sobre el azar, sobre causas lejanas. Pero cualesquiera que fuesen los sinos consultados, el número de niños estaba en relación directa con los medios de subsistencia, y los pequeñines privados del pecho de sus madres,

corrían el inminente peligro de desaparecer de la vida. En países alemanes se arrojaba á los huérfanos al mismo foso que al padre indigente. No se ha dicho lo bastante, no se ha repetido lo suficiente: la civilización aumenta con la alimentación y ésta con aquélla. La especie humana aumenta ó disminuye con la cantidad de subsistencias disponibles. Cuanto más abunde el pan más abundarán los hombres; cuanto más equitativa sea la distribución del pan, mejores serán los hombres.

Bessels vió morir á un jefe de familia, padre de tres hijos. La madre, entonces, alegando la imposibilidad de alimentar al último nacido, un hermoso pequeñín de unos seis meses, lo ahogó entre sus manos y fué á depositarlo junto al otro muerto, esperando que el difunto se cargara al chiquitín sobre los hombros y atendiera á sus necesidades en el otro mundo, donde, según dicen, los alimentos se miden menos ceremoniosamente.

Lejos de ser el hecho de padres desnaturalizados, el infanticidio pasaba por un derecho y hasta en parecidos casos un deber, al que hubiera sido criminal sustraerse. Con mayor razón el aborto no era más que un accidente vulgar. Por entre muchos salvajes, es cosa descontada que la joven soltera carece del permiso para tener un hijo, á cuya alimentación no podría subvenir. Si, ello no obstante, llega á ser madre, es un deber de los que tienen derecho, suprimir su progenitura, pero si ella simplifica la operación desprendiéndose del fruto antes de sazón, tanto mejor.

Para volver á nuestros esquimales, diremos que aquellas que prevén que les será imposible criar á su hijo



recurren al aborto: con un objeto pesado ó la vara de un látigo, se golpean y comprimen, pero no siempre consiguen su objeto, porque parecen conformadas, según la opinión de algunos obstétricos, para concebir fácilmente y llegar el feto á término feliz. Algunas se entregan sobre sí mismas á una operación de cirugía mayor, por medio de una costilla de foca, bien afilada, envuelta con cuero que ellas separan y vuelven á envolver, por medio de un hilo, cuando el cortante está en el sitio que se ha de rajar. Inútil es decir cuántas se quedan en el puesto ó sobreviven estropeadas para siempre.

El maltusianismo, última palabra de la economía oficial, y última también de los países que declinan, se practica ampliamente por esos primitivos, que no permiten á una mujer más que dos ó tres hijos y matan luego lo que, niño ó niña, ha cometido el crimen de nacer. Haciendo ella misma el oficio de verdugo, la madre estrangula al recién nacido ó lo abandona en una de esas anfractuosidades de la costa donde acaba el hielo de la tierra y empieza el hielo fundente del amplio mar. ¡Triste cuna! Al subir la marea, la ola sorprende á la inocente víctima, y si no ha muerto aún de frío, la mata empujándola hacia la playa ó estrellándola contra algún témpano.

Pero esas ejecuciones repugnan á las madres, sobre todo cuando el niño anhela vivir, expresando su deseo con sus miradas candorosas dirigidas hacia la luz del día. Cada día la opinión se pronuncia más y más contra los infanticidios, y no los permite más que en casos de extremada necesidad. Y hasta en estos casos se dice

que traen desgracia á la aldea y que durante la noche se oyen los gemidos lamentables del pobre inocente. Esta misma creencia existe en Laponia, donde las madres cortan la lengua á sus pequeños antes de abandonarlos en el bosque.

Que provoque el aborto ó que estrangule á su progenitura, no quiere decir que sean malas madres. Sorprendente es la solicitud, innumerables los cuidados que se toman por sus retoños, antes y después de nacer. La mujer embarazada está relevada de todo trabajo rudo — ¿por qué nuestros civilizados no hacen lo mismo? — no come más que caza que no haya sido herida en sus entrañas (Riuk, ob. cit.); dos prescripciones que exigen comentario. El niño, aun nacido de legal matrimonio, está expuesto á convertirse en bastardo si fuese alimentado por otros manjeres que los traídos ó presentados por su padre, lo cual es una práctica llamada de la *incubación*, y que sería suficiente para explicarse. Porque el padre, cuando quiere reconocer á su hijo, se muestra solícito en cuidarlo y alimentarlo por su parte. Allá se insiste bastante más que entre nosotros sobre la correlación que existe entre el organismo y el alimento que lo constituye. El animal no debe haber sido herido en sus entrañas por temor á que, por ley de simpatía, haya de sufrir la mujer en las suyas. Esta última creencia no es sólo peculiar á los inoítas; la hemos encontrado en la India (1), en Abisinia y en Zanzíbar. Conocemos las leyendas sue-

(1) Cfr., *Maña Bharata, Adi Parva*.



cas, que cuentan cómo la dama ricahebra abortó ó murió porque su caballero castellano, sin preocuparse de ello, había dado muerte á una cierva preñada.

Con tierna solicitud, las buenas amigas derraman sobre la cabeza de la sufriente, el contenido de un vaso de noche, para fortalecerla, según dicen. Después del alumbramiento, las comadres cortan el cordón umbilical con los dientes, alguna vez con una concha cortante, jamás con tijeras ni cuchillo; y ese cordón se guarda luego con grandes cuidados para que produzca dichas sin cuento al recién nacido. En cuanto le es posible, la parturienta come una mezcla que se le ofrece de buenos manjares: el corazón, los pulmones, el hígado, el estómago y los intestinos de un animal sano y robusto, como medio de procurar al recién nacido fuerza, salud y larga vida. Durante varios días no se enciende fuego en la choza, nada se pondrá á cocer sobre la lámpara que alumbra, ningún hueso deberá ser sacado del recinto doméstico, el padre y la madre tienen cada uno su colodra, de la cual está prohibido beber á los demás; durante seis semanas les está prohibido igualmente á los parientes comer fuera de la choza, y á la madre rebasar el umbral de la cabaña. Pasado este término, sale á hacer sus visitas, vestida con ropas completamente nuevas, y jamás volverá á ponerse el vestido que llevaba durante estas visitas. En todo un año no comerá sola, prescripciones todas que, buscando bien, las encontraríamos parecidas en nuestros cuentos y tradiciones.

Al recién nacido la madre le reserva su mejor piel

de abrigo y el padre le sirve el pedazo de carne más delicado de sus cacerías cotidianas. Para que sus ojos sean hermosos, lípidos y brillantes, le dan á comer los de la foca. Se complacen en ponerle el nombre de alguien que acaba de morir «para que el difunto encuentre paz en la tumba» (Riuk). «El nombre obliga.» Después el niño vendrá obligado á desafiar las influencias que produjeron la muerte á su padrino. ¿El bravo murió en agua salada? pues bien, ¡que el joven se haga lobo de mar!

En todo el país, padres y madres, rivalizan en cuidados á su progenitura, jamás les pegan, raramente les reprimen. Los pequeños se muestran agradecidos, ni gimen ni gritan; así crecen sin atravesar edad ingrata, sin ser impertinentes y contradictores desagradables; la ingratitud es sentimiento desconocido; nunca un inoíta levantó la mano sobre su padre ó madre. En la Groenlandia danesa, se ha visto á muchos hijos renunciar á una posesión para volver al lado de sus padres ó procurarles una vejez exenta de peligros y privaciones. El afecto á la familia es una virtud esquimal. La señora Gato es una inoíta, inoíta también su esposo, á los que un viajero vió sollozar — les hubieran cortado á pedazos sin exhalar un gemido, — pero sollozaban por algo muy conmovedor, porque su pequeño no chasqueaba el látigo con tanta fuerza como sus camaradas. Ese padre tan lleno de ternura se guardará mucho, sin embargo, de irritar á su hijo querido, procurará hacerle cazador incansable, y para facilitar la cosa, le ser-



virá la carne dentro de las grandes botas que él mismo ha impregnado de sudor más de una vez.

Las nodrizas, émulas de la hembra del kanguro, llevan su retoño en el capuchón, ó en una de sus botas, hasta el séptimo año, pues todo ese período son amantados los niños. Ellas no destetan nunca; por eso sus pechos se estiran hasta hacerse cosa feísima. Se han visto mozos de quince años no sentir ningún reparo de mamar al volver de la caza en espera de que la comida estuviese dispuesta. En esta lactancia tan prolongada, existe el medio y el deseo de procurar al hijo algún alimento durante las largas épocas de escasez; hay también una manifestación elocuente de ternura y afecto. He aquí lo que leemos en una leyenda tártara:

«El héroe Kossy enjaezó el caballo Burchun, é hizo su oración. Su madre lloraba y le decía: «¡Que tengas fortuna!» Y descubriendo sus senos: «Toma, bebe aún y te acordarás de tu madre (1).»

Hay madres esquimales que van aún más lejos en sus tiernos afectos, y que, llevando su complacencia hasta donde pueda llegar una gata con cría ó la osa con cachorros, lamen á su hijo para limpiarlo, y lo relamen de arriba abajo; ternura bestial que nos ofende en nuestra variedad de especie superior.

La existencia de las sociedades, como la de los indi-

(1) Radloff, *Volsksliteratur de Turkischen*, etc., II, 291 y IV, 344.

viduos, hemos dicho, depende de la cantidad de medios de subsistencia puesta á su disposición; si esta cantidad se aumenta, el contingente de población crece. Pero si las subsistencias se hacen insuficientes, manifiestamente insuficientes, es forzoso desembarazarse de las bocas inútiles, no valores sociales. La carne se suprime á los que tienen menos vida ante sí; el derecho á la vida es la posibilidad de la vida. En tales condiciones, el infanticidio tiene por triste consecuencia el sacrificio de los ancianos; á éstos se les abandona, á aquéllos se les expone. Tal es la regla contra la cual esas desgraciadas sociedades se debaten como pueden. Cuando es necesario elegir, los unos pierden los niños y hasta las mujeres, con tal de salvar á los viejos; otros sacrifican á todos los ancianos antes que sacrificar una cabecita rubia é inocente. Lo más frecuente es que los abuelos reclamen como un derecho, ó como especial favor, el morir en puesto y lugar de los pequeñines á quienes aman con ternura infinita. Séanos suficiente haber enunciado la ley, sin apoyarla por los ejemplos que podrían suministrarnos nuestros antepasados y muchos otros primitivos. ¿Se maldecirá la crueldad de las hordas y agrupaciones que no han llegado á seres humanos? ¡Con cuánta frecuencia preferirían mostrarse compasivas si les fuera posible! Ni qué decir tiene que los enfermos son asimilados á los ancianos, puesto que, como éstos, pertenecen á la masa de impedimenta.

Mientras que se tiene alguna esperanza se acude solícito alrededor del enfermo. Las mujeres, en coro, salmodian su *Aya Aya*; ellas conocen el poder de los en-



cantamientos. La matrona pone bajo la cabecera una piedra de dos ó tres kilogramos, proporcional á la gravedad de la enfermedad. Todas las mañanas la pesa pronunciando palabras misteriosas, informándose así del estado del enfermo y de las probabilidades de curación. Si la piedra aumenta de peso constantemente, es que el enfermo no saldrá con vida. Sus días están contados.

Entonces sus compañeros construyen en cualquier parte una choza con témpanos de hielo, extienden algunas pieles, llevan un botijo de agua y una lámpara que durará lo que dure aquel á quien minan los sufrimientos, abate la edad ó las crecientes enfermedades, cuyo mantenimiento es difícil, y que se reprocha costar á la comunidad más de lo que aporta, y luego se acuesta. Hermanos y hermanas, todas las mujeres, hijos é hijas, parientes y amigos, acuden á darle el último adiós, á conversar con aquel á quien no volverán á ver jamás. No permanecen allí más de lo estrictamente necesario, porque si la muerte sorprende al enfermo, los visitantes deben despojarse rápidamente de sus vestidos para arrojarlos en montón, lo cual no dejaría de ser una pérdida sensible. Nada de emociones aparentes, ni gritos, ni lágrimas, ni sollozos; su sentimiento es tranquilo y razonable. El que va á dejar la vida hace sus encargos, sus recomendaciones, expresa su última voluntad. Cuando lo ha dicho todo, sus amigos se retiran, unos tras de otros, y el último obstruye la entrada con otra leva de hielo. Desde este momento el hombre es difunto para la comu-

nidad. La vida no es más que un conjunto de relaciones sociales, una serie de acciones y reacciones llamadas penas ó placeres, menos diferentes entre sí de lo que creemos. La muerte, dígame lo que se quiera y hágase lo que se haga, es un acto individual. Los animales lo comprenden así. Si tienes la rara fortuna de morir de otro modo que no sea asesinado ó devorado, desde el momento que se sienten dominados por la debilidad, van á ocultarse en la más profunda espesura, se refugian en un agujero ó en un hoyo, ó desaparecen en la más oscura caverna. Desde este punto de vista, el primitivo es todavía un animal: sabe que hay que morir solo. En ninguna parte esta expresión es más verdadera que entre los esquimales. La última escena de su vida no puede ser más egoísta, odiosa y repugnante; no puede verse tampoco un acto más solemne y grandioso, impregnado de lúgubre magestad.

Su cabaña ya no es más que una tumba, la de un vivo, que durará aún algunas horas, quizá algunos días. Ha oído cerrar la puerta, alejarse las voces. Con la cabeza caída hacia adelante, las manos apoyadas sobre sus muslos, piensa y recuerda. Lo que vió, lo que pensó en otro tiempo, le vuelve á la memoria; se acuerda de su infancia y de su juventud, de sus proezas y de sus amores, sus cacerías y aventuras; vuelve sus pasos atrás con su imaginación. Ahora ninguna esperanza, ningún proyecto; en cuanto á los lamentos, ¿para qué? ¿Qué importa ahora el orgullo? Nadie á quien envidiar, nadie á quien odiar. Frente á sí, consigo mismo, piensa sólo en medirse en su justo valor. «Yo fui esto,



tanto y nada más.» Abandonar la vida, sus fatigas, sus hambres y privaciones, sus deberes y sus disgustos; fácilmente tomaría su partido. Pero el terrible desconocido de «allá abajo» le intimida; ¡y ese mundo de los Espíritus de donde los Augakut cuentan terribles visiones? La calentura le altera, roe sus órganos y devora sus entrañas. Bebe algún sorbo, pero recae vencido. La lámpara se ha apagado; ninguna noche fué más oscura. Sus ojos velados y tenebrosos espían la Muerte. El la ve á la Muerte; ha aparecido en el horizonte; es un punto negro, al final de la gran llanura blanca que el pálido resplandor de las estrellas alumbra vagamente. La Muerte avanza; la Muerte se aproxima. Aumenta de segundo en segundo, se resbala silenciosa sobre el blanco y espeso sudario de nieve. Cuenta sus pasos... ¡Hela aquí!... ¡la Muerte! Ya blande el arpón con el que tantas veces él hirió al oso y á la foca. La Muerte se yergue, levanta sus brazos; él espera... espera...

Al ver esta choza abandonada, misteriosa, los extranjeros, sabiendo lo que pasaba dentro, se han sentido presa de horror y compasión. Han derribado las heladas paredes y ¿qué han visto? Un muerto con sus grandes ojos abiertos hacia el infinito. O bien un agonizante que les ha dicho en tono de reproche: «¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué turbarme? ¿No es bastante morir una vez?»

Los tchuktches, que se consideran, generalmente una rama del tronco inoíta, pretenden que es debilidad

y falsa compasión el no terminar bruscamente con aquellos que están enfermos de muerte. Es preferible acabar de una vez á sufrir por largo tiempo la muerte lenta con sus crueles tristezas, roído además por el dolor. Por manera que ellos despiden á los moribundos de distinto modo. No se les puede acusar de sensible-ría inútil.

El individuo que se permite estar enfermo más de siete días, es amonestado seriamente por sus parientes y deudos, que, rodeándole una cuerda al cuello, corren rápidamente alrededor de la choza. Si cae, tanto peor para él. Le arrastran sobre las rocas y las piedras, «¡hop! ¡hop!» Cura ó revienta. Después de media hora de arrastre, ó muere ó se declara bueno y sano. Si, no obstante, vacila aún, se le conduce al cementerio, donde es inmediatamente lapidado ó enterrado de modo que no pueda moverse ya más. Sobre su cadáver se arrojan perros para que sea devorado, y esos perros serán comidos á su vez. Nada se pierde, nada se perderá. Esos tchuktches son decididamente más fuertes que nuestros economistas liberales de la escuela de Manchester.

Los bravos, que no son raros, cuando se sienten completamente vencidos, convocan á sus parientes y amigos á una comida de despedida en la que ellos mismos hacen alegremente los honores. Después de terminado el festín, los invitados se retiran discretamente, el enfermo se acuesta sobre un costado y recibe una certera lanzada que le propina uno de sus camaradas; pero lo más frecuente es que el paciente se dirija á un robusto y bravo mozo,



al que paga y contrata expresamente para el golpe de gracia.

A los viejos, á las gentes débiles, decididamente inútiles, se les pregunta terminantemente si no están aún dispuestos. Su deber y su honor es contestar que sí. Inmediatamente se practica en el terreno destinado á los muertos su fosa ovóidea que rellenan de musgo, y en las extremidades se amontonan piedras gruesas con las que fijan dos perchas horizontales. Sobre la piedra de la cabeza degüellan un reno, cuya sangre se esparce é impregna el musgo, y sobre esta capa enrojecida, tibia y blanda, se acuesta el anciano. En un instante se encuentra atado á las perchas, y le preguntan: «¿Estás dispuesto?» Las cosas llegadas á este terreno, sería vergonzoso y necio articular una contestación negativa, que, por otra parte, aparentarían no haberla oído. «¡Buenos amigos!» Se le tapan las narices con una substancia esponjosa; le abren la arteria carótida y en el brazo una gruesa vena; en un instante se ha desangrado hasta quedarse blanco.

La operación quirúrgica es llevada á efecto por los notables, ó sencillamente por mujeres, según la consideración de que gozase el individuo. Si se quieren obsequios, particularmente distinguidos, el cuerpo se quema juntamente con el del reno, que, según ellos, sirve de festín en el otro mundo. Si el difunto pertenece al vulgo, se le entierra pura y simplemente, y los «afligidos» tendrán el deber de comerse el reno y romper sus huesos, en atención al muerto. ¿Por qué? Probablemente para que el animal no vuelva á rena-

cer sobre la tierra y quede eternamente propiedad del cadáver, en los dominios del Plutón de los tchuktches.

Cuando costumbres parecidas se han perpetuado en un pueblo atrevido, si es aún algo guerrero ó pirata, será para los hombres un honor y un deber morir en el campo de batalla. Si es preciso, pretextarán duelos para ser expedidos por los más íntimos como hacen aún los escandinavos. Y dirán, como los antiguos helenos: «Quien muere joven es bien amado de los dioses.»

Los ritos funerarios son menos uniformes que toda otra costumbre. La mayor parte de los esquimales sepultan sus cadáveres bajo piedras ó en las fisuras de las rocas; algunos groenlandeses y labradoreños los arrojan al mar; sus congéneres de Asia los queman, los entierran ó los dejan abandonados á las fieras. Cada cual cree su proceder el mejor de todos. Pero es una creencia general la de que la muerte no es el término de la existencia; que los muertos ejercen sobre los vivos una acción variada y generalmente funesta; que son malos en su mayoría, sobre todo en estado de aparecidos, y que pasan el tiempo sufriendo frío y hambre. Los vivos se abstienen todo cuanto les es posible de acercarse á su morada, sobre todo si hace poco que está ocupada; pero los pasajeros piadosos depositan, al menos, un poco de comida. A la gran ceremonia de despedida, los parientes y conocidos llevan algunos alimentos, carne sobre todo, de la que cada cual corta dos pedazos, uno para él y otro para el difunto: «¡Toma, come!» le dicen; luego recortan una piel capaz para cubrirlo: «¡Toma, tápate!» añaden. El cuchillo de que